

## ENSAYO\*

# LAS COORDENADAS CULTURALES DE CANTABRIA

Por Francisco-Ignacio de Cáceres y Blanco

*Abogado en ejercicio, es catedrático excedente de Geografía e Historia y licenciado en Ciencias de la Información. Fundador y director del centro de RTVE en Santander, desde 1972 a 1983, consejero de número de la Institución Cultural de Cantabria, ha sido hasta 1984 Consejero de Obras Públicas del gobierno autónomo cántabro.*



Cantabria, cuyo nombre tradicional, La Montaña, responde al hecho geográfico de su altura media (la mitad de sus 5.290 kilómetros cuadrados está por encima de los 600 metros), tiene un renombre cultural desproporcionado a su tamaño. Que en esta tierra, poco más de un centavo de España, tengan y hayan tenido raíz tantos nombres ilustres de las letras, las ciencias y las artes resulta un fenómeno interesante. Podemos intuir, ya que no demostrar, que este amable paisaje, entre el mar y la alta sierra

\* BAJO la rúbrica de «Ensayo», el Boletín Informativo de la Fundación Juan March publica cada mes la colaboración original y exclusiva de un especialista sobre un aspecto de un tema general. Anteriormente fueron objeto de estos ensayos temas relativos a la Ciencia, el Lenguaje, el Arte, la Historia, la Prensa, la Biología, la Psicología, la Energía, Europa y la Literatura. El tema desarrollado actualmente es «Cultura en las autonomías».

En números anteriores se han publicado *La cultura de Andalucía*, por Antonio Domínguez Ortiz, académico de la Historia y catedrático jubilado de instituto; *Panorama cultural de Castilla-La Mancha*, por Juan Bravo Castillo, profesor de Filología Inglesa en la Escuela Universitaria del Profesorado de E.G.B., de Albacete; *La cultura murciana en la España de las Autonomías*, por María Teresa Pérez Picazo, catedrática de Historia en Murcia; *La cultura riojana: pasado, presente y futuro*, por Manuel de las Rivas, profesor de Enseñanza Media y crítico literario; *La cultura en Aragón*, por José Carlos Mainer, catedrático de Literatura Española de la Universidad de Zaragoza; *Las Islas Canarias: una litigiosa identidad cultural*, por Domingo Pérez Minik, escritor y crítico literario; *Conflicto y actualidad de la cultura valenciana*, por Ricardo Bellveser, crítico literario; *Panorámica de la cultura gallega*, por Domingo García-Sabell, Presidente de la Real Academia Gallega; y *La cultura en el Principado de Asturias*, por Emilio Alarcos Llorach, Catedrático de Gramática Histórica de la Lengua Española de la Universidad de Oviedo.

La Fundación Juan March no se identifica necesariamente con las opiniones expresadas por los autores de estos Ensayos.

que coronan los Picos de Europa —hermosa premonición la de este nombre— ha creado un caldo de cultivo especialmente fecundo para la cultura.

Un pueblo noble y libre, de estirpe céltica, supo encontrar una respuesta adecuada al equilibrio de su paisaje y de su clima en su manera de vivir, en sus casas y casonas —«montañés, hidalgo es»— en sus vocaciones y aficiones.

Hemos titulado, intencionadamente, «coordenadas culturales» este breve trabajo, pues la ancha horizontal del presente cultural de Cantabria no puede explicarse sin la larga vertical de la Historia, de los remotos precedentes que vienen a resultar, con la fluidez de un río aumentado por numerosos afluentes, en la actual panorámica.

En una tierra donde el principal monumento son las cuevas de Altamira y las del Monte del Castillo, está claro que la Historia y la Cultura tienen hondas raíces: más de veinte mil años, o doscientos siglos.

Pero si, como se ha dicho, el Arte comienza en Altamira y en El Castillo —una verdadera ciudad subterránea prehistórica en las cuevas excavadas en la caliza por el vecino Pas, río-eje de Cantabria— los limpios trazos negros y las manchas rojizas que con tanta verdad reproducen para nosotros una fauna desaparecida, no tuvieron continuidad inmediata. De su redescubrimiento, hace poco más de un siglo, data su evidente influencia sobre el arte contemporáneo y sobre nuestra interpretación de los orígenes de la humanidad, de nuestro futuro, por tanto.

Tribus célticas, procedentes del centro de Europa, en tres oleadas sucesivas, se superpusieron a los descendientes de los autores de aquellas maravillas. Numerosas ruinas de castros, armas, utensilios, piedras grabadas con svásticas y signos solares, más las formidables estelas discoideas de piedra —símbolo de Cantabria en la nueva heráldica regional— dan fe de su presencia perpetuada en la raza y el carácter de las gentes de La Montaña.

Sin embargo, la verdadera entrada de Cantabria en la Historia se la dio Roma, a través de una lucha especialmente feroz, que puso de relieve tanto el heroísmo de los vencidos cuanto la enérgica determinación del vencedor. La importancia de Julióbriga, capital de la Cantabria romana (doble vertiente hacia la Meseta y hacia el océano) en las cercanías de la actual Reinosa, no disminuye la de los puertos costeros que, ya entonces, comerciaban con los de las Galias y Britania.

Cristianizada ya la Cantabria romana, su futura capital, Santander, antes Portus Victoriae Juliobrigensium, debe su nombre al

de un mártir, San Emeterio (apocopado en Sant-Emeter), que, junto con San Celedonio, fueron patronos de una abadía-fortaleza alzada sobre las ruinas del palacio del gobernador romano en el peñón de Somorrostro —*summum rostrum*—, núcleo inicial y centro de la actual ciudad.

Es en esta época, a caballo entre la fragmentación del Imperio de Occidente en reinos «provinciales» y el choque de la invasión islámica, cuando Cantabria comienza a dar las primeras muestras de su personalidad cultural. En los altos valles de la Liébana, al par de los primeros esfuerzos reconquistadores, que se confunden con la llama de la rebeldía montañesa, escondidos monasterios alumbran focos culturales. En pequeña escala —igual que en el arte asturiano— florecen iglesias y cenobios como Santa María de Lebeña, Santo Toribio y San Martín de Turieno.

Seguramente en este último escribió, hacia el 776, el abad Beato sus «Comentarios al Apocalipsis» que habían de convertirse en un «best-seller» medieval. Prerrománico es un pobre adjetivo, como todos los compuestos de preposición, para describir tanto la arquitectura de este período, como el arte admirable que se refleja en las ilustraciones de los «Comentarios» —ya, en adelante, los «Beatos»— mezcla de influencias visigóticas, mozárabes y otras de la Europa contemporánea. La concisión de la línea y el audaz empleo de colores planos es lo que hace tan «contemporáneos» a estos cuadros en miniatura.

La confluencia Montaña-Meseta a través de los altos puertos se repite en la extensa comarca Sur de Cantabria, en torno a la Julióbriga romana y en el valle del recién nacido Ebro, Valderredible y el área de Aguilar de Campóo, donde una docena de pequeños cenobios rupestres dan cuenta de la actividad monacal.

La Reconquista afirma los avances culturales creando, al abrigo de la frontera fortificada de castillos, una zona de mayor seguridad y prosperidad. Así, el románico se extiende al resto de La Montaña, de Sur a Norte, hasta la misma costa. De esta época, entre los siglos X y XII, son las cuatro Colegiatas de Cantabria: Santillana del Mar, San Pedro de Cervatos, Santa Cruz de Castañeda y San Martín de Elines, esta última decorada con pinturas murales.

Otros importantes monumentos románicos son las iglesias de Piasca, Yermo, Silió y Bareyo, entre un centenar de otras menores, más las torres defensivas —corazas de piedra con armazón de enormes troncos de roble— de las que aún perduran muchas, algunas embebidas en construcciones posteriores y otras, como la del Merino, en Santillana, o la de Quevedo, exentas.

Esta es también la época en que se afirma ese dialecto románico, latín provincial de rotunda fonética y duros perfiles, como corresponde a un pueblo de pastores guerreros, que es el castellano. Nacido en una larga franja de terreno entre la riojana Sierra de Cantabria y la cordillera Cantábrica propiamente dicha, nadie podía prever entonces su expansión universal cuando sólo lo hablaban los antepasados de quienes siguen diciendo, para subrayar la sinceridad o la valentía de una expresión, «claro y castellano», dicho popular en Cantabria.

La época del gótico, a partir del siglo XII, supone la entrada en la escena de la historia de las villas marineras y la apertura directa a «la mar océano», es decir, al mundo entero. A favor de los privilegios concedidos por Alfonso VIII el de Las Navas (casado con la anglofrancesa Alienor Plantagenet: un dato más en esta apertura europea) se funda la Hermandad de las Marismas y progresan las «Cuatro Villas» de la costa cantábrica: Castro-Urdiales, Laredo, Santander y San Vicente de la Barquera, que edifican espléndidas iglesias urbanas junto a sus puertos.

En otras partes de la provincia, antiguos monasterios románicos, como Santillana del Mar o Santo Toribio de Liébana, orgulloso de su «Lignum Crucis», se amplían en el nuevo estilo internacional. En el sur de la provincia hay que destacar el interesante grupo de pinturas góticas de Valdeolea, en Mata de Hoz, La Loma y Henestrosa.

Esta es, al menos en su última parte, la época del primer florecimiento literario montañés. Si Rodrigo de Reinosa es el primer poeta conocido, propiamente cántabro, destaca la obra del Marqués de Santillana, el poeta de las «serranillas» lebaniegas, el manuscrito de cuyos «Proverbios» se conserva en la Biblioteca Menéndez Pelayo.

La llamada «edad moderna» trae el formidable empuje de la última Edad Media —¿dónde está la frontera, si es que la hubo?— marcada por las hazañas mercantiles y bélicas de la marina de Castilla, la marina de Cantabria, que había impuesto su hegemonía hasta el Canal de la Mancha, tratando luego con los reyes ingleses y la liga hanseática.

Paradójicamente, al producirse el gran vuelco del Descubrimiento —ayudado por la ciencia de los carpinteros de ribera y los pilotos del Cantábrico, como el santoñés Juan de la Cosa, primer cartógrafo del Nuevo Mundo, el centro de gravedad se traslada hacia el sur, pero la gran empresa de las Indias tendrá también acento montañés.

La gran tradición medieval de canteros y fundidores de hierro

y de bronce —cañones y campanas— da frutos extraordinarios, aunque las obras mayores de los canteros de Trasmiera, de los geniales arquitectos que vienen de ellos, desde los Gil de Hontañón hasta Juan de Herrera, se encuentren fuera de La Montaña.

Queda su huella, sin embargo, en una arquitectura autóctona, a la vez señorial y popular, cuyo prototipo es la casona, a veces elevada al rango de «palacio». Desde entonces a nuestros días, poco varían sus características fundamentales, que parecen tan propias de este paisaje como las nubes bajas y los prados verdes. El tejado de dos a cuatro aguas y el ancho alero sobre los muros de piedra, que encierran, cara al mediodía, la solana entre los cortafuegos apoyados en ménsulas talladas en «pecho de paloma». Y la fachada blasonada, como la portalada que —barroco adelante— va adquiriendo proporciones de retablo o de popa alterosa de galeón español.

Los grandes escritores del Siglo de Oro —desde Fray Antonio de Guevara hasta Lope, «del solar de la Vega», Quevedo y Calderón de la Barca, no olvidarán su ilustre alcornia montañesa y presumirán de ella, reiteradamente, en sus escritos. Van y vienen generaciones de hidalgos montañeses a los cargos de la Corte, a los puestos de mando —eclesiales y administrativos, militares y marinos— de España y de las Indias. Al volver, labran o restauran su casa y preparan su inmortalidad en bultos funerarios, a veces tan bellos como los del inquisidor Corro.

De esta «alta época», como gustan escribir los franceses, son las grandes iglesias y monasterios de Las Caldas y de Soto-Iruz, de Guriezo y de Cigüenza, de Liendo y de Miera, la de la Compañía de Jesús, en Santander y la capilla del «Lignum Crucis» en Santo Toribio. Es la época también de palacios tan distintos como el severo herreriano de los Acevedos de Hoznayo, de los Hermosa o de Elsedo, en Pámanes y el italianizante de los Fernández de Velasco, o de Soñanes, en Villacarriedo.

Pese a estos esplendores barrocos, no se libró La Montaña de la general decadencia española y sólo bien entrado el siglo XVIII, al renovado empuje de la industria —el Real Astillero de Guarnizo, las fundiciones de La Cavada, los molinos harineros y las primeras fábricas de cerveza, que exportan a las Indias, tomando así el relevo del binomio histórico formado por la lana y el trigo— florece de nuevo una primavera cultural.

Sólo que el despertar es breve. A partir de la concesión del título de ciudad y consiguiente capitalidad de Santander, en 1755, la creación del Consulado de Mar y Tierra —que tiene a su cargo una escuela de artes y oficios— representa el triunfo mer-

cantil de Santander. Pequeña aún, la ciudad cobra vida y el puerto ve siempre cubiertos sus muelles, el Muelle. Se publica la primera «Guía», hay cenáculos literarios, destacan los nombres del erudito Floranes y de Tomás Antonio Sánchez, que descubrió el poema de Mío Cid, y hasta un maestro de capilla, el riojano García de Carrasquedo, compone misas y otras piezas menores.

La espiral creciente de las guerras contra la revolución y Napoleón, invertida luego en funesta alianza, desemboca en el desastre de Trafalgar, en la gloriosa y terrible guerra de la Independencia y, ya entrado el XIX, en la emancipación de la mayor parte de las Indias, a la vez que comienza la guerra civil entre las dos Españas.

Poco más que literatura declamatoria, casi siempre política, podría esperarse de los comienzos del Romanticismo, aún teñido de neoclasicismo. Declamatorios, igualmente, son, en su formalismo clásico, los cuadros de José de Madrazo, antiguo alumno del Real Consulado, que hará fortuna en París.

Entre un enjambre de periódicos políticos y comerciales de corta vida, se abren paso apenas los primeros románticos montañeses, como Telesforo de Trueba y Cossío, diplomático y afinado en Londres donde publicó en inglés y en castellano. Pero habrá que esperar al último tercio del siglo para encontrar a los grandes, que serán más realistas que románticos.

Idéntico amor por la realidad, aunque desde campos ideológicos bien distintos, unió en firme amistad a José María de Pereda y a Benito Pérez Galdós, de origen canario, pero «ciudadano moral» de Santander donde tuvo casa, viajó y escribió largamente. La obra de Pereda puede no estar de moda, pero su huella es imborrable. «Por revelársela él —ha escrito otro gran montañés, José María de Cossío— la Montaña tuvo conciencia de su personalidad, se encontró a sí misma y, en frase de Menéndez Pelayo, la incorporó a la geografía poética del universo».

El hidalgo de Polanco, ciudadano también de Santander, describió con casi idéntico acierto la vida del campo y la del mar: «Peñas arriba» o «El sabor de la tierra», por una parte, y, por otra, «Pachín González» o «Sotileza».

En su época se produce una de esas súbitas explosiones de talentos propios de todas las épocas de la cultura. ¿Por qué? ¿Simple casualidad? ¿Resultado de la prosperidad finisecular, que llena de barcos los muelles y de mercancías sus almacenes, bajo los «escritorios» y los salones de los navieros?

El hecho es que la era de los grandes indianos —los Manzanedo, los López y Pelayo, luego premiados con sendos títulos

nobiliarios: Santoña, Comillas y Valdecilla— es también la de Pereda y Amós de Escalante, la de los periódicos interesantes —«El Atlántico», «La Abeja Montañesa» o el prosaico, pero revelador, «Boletín de Comercio»— y también la de Menéndez Pelayo.

Colosal como es su obra histórica y crítica («Los heterodoxos españoles», «Poetas líricos castellanos», «El teatro de Lope de Vega», «Historia de las ideas estéticas» y un largo etcétera) nos parece aún más admirable su obra interna, es decir, el gigantesco esfuerzo de recopilación de fuentes y de bibliografía fabricándose él solo los antes inexistentes cimientos para tan ingente empresa.

Su hermano y fiel ayudante, Enrique, nos ha dejado una deliciosa obra —«Memorias de uno a quien no le sucedió nada»— donde dibuja un penetrante esbozo del estilo de su época y del carácter montañés.

Esta consciencia comenzamos a encontrarla, entonces, en la obra pictórica de autores tan diversos como Pérez del Camino (apreciadísimo en su época y cuyo más famoso cuadro es el tópico «Jesús, y adentro» sobre el momento culminante de la «Sotileza» perediana), Victoriano Polanco, Tomás Campuzano y dos grandes del paisaje: Casimiro Sáinz y Manuel Salces. Si en la generación anterior, un Rogelio de Egusquiza se había dedicado por entero a temas wagnerianos, entonces, en la recta final del XIX, los pintores montañeses, como Pereda en la novela, pintan los paisajes de su tierra. Impresionistas todos ellos, pintores «de la luz, del aire y de la vida móvil» (Otto Runge), su estilo es el adecuado para los infinitos matices del verde montañés, de las brumas del Cantábrico.

En una solemne exposición, inaugurada por la reina María Cristina y la infanta Isabel, en los salones del Círculo de Bellas Artes madrileño, que presidía entonces Romero Robledo, José Zahonero dijo en la presentación: «Yo no sé qué tiene el Norte que nos ha enviado dos grandes pintores que son nuestro orgullo: Pereda y Casimiro Sáinz». Bien hecho está el paralelo a que antes aludíamos.

Agustín Riancho llena, en sus casi noventa años de existencia (1841-1929) todo un período de la pintura montañesa, en parte coincidente con los anteriores, avanzando desde un realismo impresionista hasta el casi abstracto de «Luces de Otoño», por ejemplo. Hombre de pueblo y del pueblo, enraizado en el valle de Luena después de su larga estancia en Bruselas, Riancho es la expresión más pura y perfecta del aldeano-pintor. Jamás habría imaginado él la actual cotización de sus lienzos, que son hoy parte de la historia montañesa.

Paradójicamente, la arquitectura no alcanzaba tan altas cimas. El eclecticismo internacional de la época está presente en las mayores construcciones del período. Ni el neogótico del palacio de Sobrellano, del marqués de Comillas, ni el frontero y enorme edificio de la Universidad Pontificia, marcado por los modernistas catalanes, que llegaron a la estela del enlace barcelonés del riquísimo indiano, ofrecen gran interés, aunque junto al palacio se alce el pintoresco palacete «El Capricho» de Gaudí.

Santander y la provincia aparecen dominados por los «neos», bien se trate del neogótico —iglesias de los Jesuitas y Carmelitas—, bien del neoclásico (esa «Madeleine» en menor escala, que es San Jorge de Las Fraguas), o del neorrenacentismo, como la parroquia de Los Corrales de Buelna o, en construcciones civiles, la Biblioteca Menéndez Pelayo y el anejo Museo municipal de pintura.

Son estos dos últimos obra de Rucabado quien, junto con González-Riancho, Pérez de la Riva y Bringas, entre otros, llenan el período alfonsino, de gran actividad constructora en Santander, al filo del veraneo real y de una renovada actividad portuaria, después del Desastre, estimulada, además, por el alza de los fletes que provoca la Guerra Europea.

Montañesismo, eclecticismo e internacionalismo son las tres tendencias principales de esta época que marca —pese a los destrozos del gran incendio de 1941—, el paisaje urbano de Santander y de algunas de las mayores poblaciones de la provincia: Torrelavega, Castro-Urdiales y Comillas.

Internacionales son el Real Palacio de la Magdalena, más o menos británico, el Hotel Real y el Casino, sus contemporáneos, así como las últimas casas del Muelle, o Paseo de Pereda, —conjunto interesante, reflejo de la «belle époque» santandereña— que fueron los primeros pasos de un gran «boulevard» en que había de convertirse el eje central de la ciudad, frente a la bahía, y luego prolongado en la avenida de Castelar.

El Sardinero y la provincia se cubren de chalets y palacetes de indianos en el llamado «estilo montañés», que es un poco «la fable que nunca se fabló» de nuestra arquitectura, con grandes miradores, torres y amplios aleros. Los resultados son, sin embargo, importantes en muchos casos como el edificio central de Correos (junto al sólido clasicismo del Banco de España), el palacio Botín y el «Solaruco», además de los pabellones del hospital nacional Marqués de Valdecilla, algunos de los cuales subsisten aún para mayor desdoro de los feos bloques de pisos que han sustituido a los desaparecidos.

De estilo ecléctico o, más bien, indefinido, son el Ayuntamiento de la capital y el vecino Mercado de la Esperanza, así como el Instituto de Enseñanza Media de la calle de Santa Clara, y un sinfín de chalets del Sardinero, alguno con pretensiones palaciegas como el de «Los Pinares».

Estas construcciones nos colocan ya en la víspera de nuestro tiempo, marcado —o interpretado— por un extraordinario grupo de escritores, pintores y científicos, muchos de los cuales viven y trabajan antes y después de la guerra civil, por lo que resultaría inadecuado encasillarles en tal o cual generación, según la moda marcada después del Noventayocho.

En pintura, además del formidable colorista Francisco Iturrino —santanderino de nacimiento, de parentesco y de amistades, pese a que su apellido explique su «anexión» por las enciclopedias vizcaínas— los «tres Gutiérrez» dominan la escena. Nos referimos, naturalmente, a José Gutiérrez-Solana, a María Gutiérrez-Cueto y Blanchard, y a Francisco Gutiérrez Cossío, más conocidos por sus abreviaturas artísticas: Solana, María Blanchard y Pancho Cossío.

Solana es un Goya norteño, todo en negros y ocre, realista feroz, enamorado de la vida y de la muerte, así como de sus conjuros tabernarios, que son las máscaras de Carnaval. Hay en sus cuadros de todo: serios armadores y duros capitanes con el fuego del Caribe en los ojos; señores obispos de visita y mozas del partido; procesiones y entierros de la sardina; indianos y pescadores, además de esa prodigiosa tertulia del Café Pombo. Es un retablo santanderino un tanto tenebroso, revés del tapiz amable y optimista con que ven a su ciudad y a su provincia el común de los propios y extraños.

María Blanchard, afligida por su deformidad congénita, volcó en la pintura su espíritu delicado, su natural simpatía, de la que hablan quienes la conocieron, mezcla de niña y bruja según Ramón Gómez de la Serna. Entre París y Madrid transcurrirá su existencia, para volver luego a París. Por eso es, quizá, la menos montañesa de estos gigantes de la pintura moderna, aunque por su origen sea indudablemente santanderina.

Por el contrario, Pancho Cossío, de estirpe cántabra, aunque cubano de nacimiento, tiene en su impresionismo, más marino que aéreo, el sello indudable de su tierra. Hay bodegones como vistos a través de visillos, fragatas que parecen envueltas en copos de espuma de olas y retratos hechos de un fulgor de ojos, de una pincelada que define un gesto, como el de su madre.

¿Por qué en esta catarata montañesa hecha de nombres ilustres en las letras y en las artes, de este último medio siglo y un

poco más atrás, propendemos al simple repertorio? Ante todo, por su abundancia, que hace imposible, a pesar de su calidad, volcarnos en cada uno de ellos.

En pintura, por seguir en el tema, habría que dedicar largo espacio a los paisajes urbanos de Fernando Delapuenta, un Giorgio de Chirico sin enigmas; a los bucólicos paisajes y marinas de Gerardo de Alvear; a la obra distinta, inconclusa, de los hermanos Calderón, Fernando y Ramón.

Punto y aparte merece la obra de Adolfo Estrada, en cierto modo un continuador de Cossío, pero tan refinado en sus matices velados, en sus pequeñas manchas de color sobre los grises de infinitos matices —como las brumas cantábricas— como en el tratamiento espiritual, etéreo, paradójicamente, de sus dos temas preferidos: el bodegón y el desnudo femenino.

¿Y cómo olvidar a Julio de Pablo cuya pintura de abstracto realismo y muy trabajada nos ofrece esas disonancias de color, a veces geniales, como variaciones sobre el tema del origen de la vida? Gloria G. Torner —azules, verdes y malvas femeninos— prefiere el realismo impresionista, también en la frontera de lo abstracto, sobre asuntos paisajísticos, a veces de la bahía.

Y, por supuesto, Quirós, el cabuérnigo de formación francesa, pintor de excelente técnica, de fondos elaborados para ser, no soporte, sino manera de ser de sus figuras geométricas, descoyuntadas en posturas de mimo o de maniquí. Y el preciosismo abstractista de Gran, con algo de paisajes de otros planetas; las figuras estilizadas, en colores planos, de Pedro Sobrado; el realismo mágico —entre otros avatares— de Agustín de Celis; las inquietantes figuraciones de Raba, de Esteban de la Foz; el honrado realismo de Sansegundo, de Gómez Raba, o de Gutiérrez de la Concha; los «inventos» de Eduardo Sanz; el neorrealismo de Medina...

Se ha pintado y se pinta mucho en esta tierra verde, en cuya capital —moda de la «inversión», en épocas más prósperas, sin duda, pero también afición— llegó a contarse una veintena de salas de exposiciones.

Se pinta y se escribe. ¿Tal vez porque, como nos dijo una vez un gran empresario, Santander, narciso junto al espejo de su bahía, es una ciudad para contemplativos?

Después de Pereda, la discutible, pero indudablemente afirmada como valor seguro, Concha Espina, y su hijo Víctor de la Serna —«La ruta de los foramontanos», «España, compañero»— repite la figura del escritor hidalgo escribiendo en su casona, en este caso desde Mazcuerras, oficialmente rebautizada Luzmela (no

cabe mayor contraste fonético) en honor de una de sus novelas. Víctor fue un extraordinario cronista, ágil y audaz.

Y los hermanos Cossío, José María y Francisco. «Los toros» del primero se han hecho obra clásica, mientras la famosa casona de Tudanca se ha convertido en santuario literario con su fabulosa colección de manuscritos originales de los mayores escritores hispánicos contemporáneos. Las «Rutas literarias de la Montaña» son una guía segura de nuestra historia literaria.

Citemos, sin ánimo de agotar el tema, al escritor cabuérnigo Manuel Llano, «poeta y aldeano»; a la cántabrogalaica Elena Quiroga («Tristura», «Escribo tu nombre»), al costumbrista Francisco Cubría (la saga de «Nardo» el pasiego), a Manuel Arce y a Manuel Pombo Angulo, entre otros muchos.

Tres grandes poetas montañeses —el menos conocido fuera de Santander, José del Río Sáinz, fue aquí, además, famoso cronista con el seudónimo de «Pick»— se reparten los primeros puestos de nuestro parnaso. Además del citado, Gerardo Diego —cuyo «Santander, mi cuna, mi palabra» es todo un programa— y el magnífico Pepe Hierro, sin olvidar a los «dioses menores» como Argumosa y José Luis Hidalgo.

Tres también han sido las grandes revistas de poesía, correspondientes a otros tantos cenáculos, que son o han sido causa y efecto de tanta afición literaria: «Proel» y «La isla de los ratones» —de los años cuarenta y cincuenta— y la actual «Peñalabra», realmente extraordinaria en su presentación y por su contenido.

Y ya que hablamos de publicaciones, no olvidaremos la prensa contemporánea, desde «El Cantábrico» de la preguerra, hasta «El Diario Montañés» y «Tierra», fundado en 1938, que dirigido por Francisco de Cáceres, llegó a ser no sólo el más difundido en la región, sino uno de los mejores de la prensa de provincias. Hay que citar también a «La Revista de Santander», muy extendida, por su excelente presentación y contenido.

Tierra de cenáculos literarios y tertulias, Santander era terreno abonado para las instituciones culturales por excelencia. Creados los «Cursos de Extranjeros» en 1933, su heredera, la «Universidad Internacional Menéndez Pelayo», fundada en 1947, se ha convertido en un fenómeno nacional e internacional de excepcional importancia, aunque se critique por algunos ahora la excesiva cantidad y dispersión de los cursos, en perjuicio de su calidad.

La Universidad de Santander —«la universidad de invierno», como se la llama, para contraponerla a la de verano— fue fundada en 1972 contando en la actualidad con nueve Facultades: tantas como las musas. Derecho y Letras, Caminos y Ciencias,

Ingeniería Técnica Industrial y Minera, Magisterio y Náutica, con Ciencias Empresariales cierran la lista.

En la tierra del sabio ingeniero Torres-Quevedo (fundador, entre otros inventos, de la cibernética en España), del oceanógrafo Augusto G. de Linares, de los médicos y cirujanos Madrazo, Argumosa, Arce, Barón y Díaz Caneja, la ciencia es autóctona. Historiadores de materias varias como Hoyos Sáinz, Sojo y Lomba, Maza Solano, los hermanos González Echegaray y el arqueólogo García-Guinea han explorado y siguen investigando el alma profunda de Cantabria.

Este alma que se expresa —ya lo hemos visto— de muchas maneras (nos gustaría citar, aunque sólo fuera de pasada, el deporte, bien sean los típicos bolos, bien la vela y el remo, el golf y el atletismo, en todos cuyos campos destacan montañeses, a veces hasta niveles olímpicos), pero también en las imprescindibles instituciones. Así, junto a las dos Universidades, más un número ya considerable de Institutos de Enseñanza Media y otras escuelas públicas y privadas, la Montaña cuenta con la prestigiosa Institución Cultural de Cantabria, heredera del Centro de Estudios Montañeses, que hoy figura con este nombre como sección histórica de aquélla.

No olvidemos, tampoco, el papel creciente de instituciones privadas como el meritísimo Ateneo, la Fundación Botín y el Aula de Cultura de la Caja de Ahorros. Y recordaremos, asimismo, la media docena de museos —de pintura, de arqueología y prehistoria, etnográfico, marítimo y de biología marina, más el original museo de arte religioso popular, en Santillana del Mar, villa dotada, además, con el museo de las cuevas de Altamira y un importante zoo, que cuenta —cómo no— con una pareja de enormes bisontes.

Pero dejamos, adrede, para el final, una de las más prestigiosas instituciones montañesas, el Festival Internacional de Teatro, Música y Danza. Fundado en 1952 (un tercio de siglo este año) tuvo un rápido desarrollo inicial, a pesar de la precariedad de sus instalaciones, por más que la carpa de la Plaza Porticada se haya hecho consustancial al Festival. Miembro de la Asociación Europea de Festivales, mantiene la excelente calidad alcanzada, sobre todo, entre los años sesenta y setenta. Una Asociación de Amigos del Festival mantiene, durante los restantes once meses del año, la llama sagrada de la afición montañesa, que se manifiesta, además, en numerosos coros y orfeones, fruto de su riquísimo folklore, como la Coral de Santander, la de Torrelavega y el Orfeón Cántabro, entre los más destacados.